



cuantos haya leído, ni sabría por ahora señalar dónde sea, ni cómo se llama, salvo si la letra no está corrupta en aquel prólogo por defecto de los escribientes, que por escribir Idubeda pusiesen Idro, ó este monte no fuese parte dél, ó del otro que llaman Orospeña ó del Pirineo principal, ó de algún otro, pues cierto sabemos que muchos pedazos de los tales tienen ahora y tuvieron también antiguamente sus nombres particulares y diversos; y en una parte se solían llamar Huvindios, cuando pasan fronteros á la ciudad de Oviedo; en otra los decían sacros ó sagrados, cuando llegan á tres leguas de la ciudad de Compostela viniendo de Orense, donde nombran ahora Pico Sagro, una legua primero que toquen á la puente de Hullan; en otra parte se dicen Ilypulas, en otra Caunos, como en lo pasado habemos visto, y en el proceso desta crónica más adelante parecerá, puesto que como dije, lo general de todos ellos sean aquellos tres apellidos principales Pirineos, Idubedas, Orospeñas. Mas ahora la historia dejará de hablar en esto, y contará los otros hechos más señalados que sucedieron en España después del gran encendimiento del Pirineo, cuando corrieron aquellos grandes y maravillosos arroyos de plata que tan nombrados son entre los autores que hablan de las antigüedades españolas.

CAPITULO VI.

De la venida que ciertas naciones orientales de Fenicia, vecinas de Sidon y de Tiro, hicieron en España, y de las riquezas que sacaron della en oro y plata, y metales y pedrería preciosa.

No miraron los españoles que moraban cerca de sus montes y tierras encendidas en la riqueza de plata y oro derretido, ni en aquel gran interés de su valor que dellos salía, según tenemos escrito, porque allende de la poca codicia que tenía comunmente la gente vulgar, todos aquellos días no sabían en España la contratación de metales ni de sus monedas, para que la plata ni el oro fuesen menester, pues para las otras cosas de nada son necesarias, señaladamente cerca de las comarcas donde los fuegos acontecieron, ni celtiberos ni los galos celtas, que por acá moraban, tampoco recurrieron á ello, puesto que de su natural fueron siempre interesales, y se preciaban más que nadie en España de tener oro y plata entre sus atavíos.

Este descuido puede ser que lo causase morar ellos en aquel tiempo repartidos en provincias apartadas algo de donde sobrevinieron

los fuegos: cuanto más que nadie dellos ni de los otros pudieran sospechar que semejante cosa sucediera del tal encendimiento. De suerte que perseveraron todos algunos años sin conocer el bien que dentro de sus tierras tenían, hasta que discurriendo los tiempos, casi en el año de 822 ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, se llegaron á las riberas de España ciertas armadas y flotas de gentes orientales, llamados los fenices, naturales de Asia, que moraban en la tierra de Suria, cuyos capitanes y guadores eran los vecinos de dos ciudades en aquella misma provincia, llamada la una Sydon y la otra Tyro, de quien ya en los treinta y un capítulos del primer libro dejamos hecha memoria. Estos fenices comenzaban por aquellos días á correr la mar nuevamente, con grandes pujanzas y maravillosos aparejos de navíos, inducidos por un caballero de Tiro nombrado Siqueo, que nuestras crónicas españolas dicen Acerna por sobrenombre más común, el cual venía con la flota por capitán y gobernador de todos, tan aparejado y proveído, que ni los de Ródas en los años pasados, ni los de Frigia, ni las otras naciones cuantas primero trataron el agua, se le comparaban en la buena manera de los artificios que todos sus fenices traían en aquella navegación. Y no parece cosa de maravillar que los tales fenices así lo hiciesen, pues verdaderamente les venía casi de linaje la tratanza de la mar, á causa que sus progenitores dicen haber sido la primera gente que después del diluvio general osaron navegar, y menospreciar las aguas y sus tormentas y vientos, acometiendo la cosa que va más fuera de razón de cuantas los hombres pueden imaginar, y de peligro más notorio y más cierto; en lo cual les imitaron después casi todas las otras gentes y naciones cercanas á la mar. Y tiénese por muy averiguado los sobredichos fenices antiguos haber alcanzado tanto en aquel arte, que para no se perder en el agua y para hallar caminos donde la naturaleza negó, comenzaron á mirar las estrellas del cielo, la del Norte principalmente, que por otro nombre llaman el Polo, la cual nunca se muda casi de un sitio; en cuyo respecto conocieron á qué parte caminaban, ó si se desviaban ó venían á los puertos que pretendiesen. Así que de lance en lance fueron tan sabidores en aquel negocio, que como dije, ya en estos días de quien ahora escribimos, sus descendientes y sucesores corrian todo nuestro mar Mediterráneo; desde la Suria hasta la primera boca del Estrecho de Gibraltar. Y así fué, que discurriendo de unas partes á otras, poco después que la plata del Pirineo se derritió, los fenices



acudieron también por allí con lo mayor y mejor de sus flotas cargados de mercaderías, y de muchas otras provisiones que traían de diversa calidad, para las dar donde quiera que llegasen, á trueco de lo bueno que hallaban en cada tierra. Con achaque de esto, sentían y conocían la manera de las provincias, y sacaban de ellas todo lo principal, ó las cosas más buenas que por ellas hubiese, para llevarlas en otras partes donde las tales mercaderías faltasen, y venderlas por mayor estimación, según que también lo hacen todas las gentes que tratan mercancías. Algunos escritores quieren sentir haber sido la jornada de los fenices que tratamos ahora, muchos años ántes del tiempo que decimos aquí, con un capitán llamado Filistenes, según que ya señalamos en los veintisiete capítulos del primer libro. Pero como Estrabon diga que la tal venida de fenices en España fué mucho después de la edad de Hércules el Griego, y junto con esto Plinio también, y Quinto Curcio, y otros muchos autores, declaren haber parte de ellos asentado en la isla de Cádiz, según adelante contaremos, y aquéllos ser naturales de la ciudad de Tiro; y de la escritura pasada parezca bien cierto no ser Hércules el Griego nacido en los tiempos que ponen á Filistenes, ni tampoco Tiro fundada en Fenicia, tienen mucho más crédito los que hacen la venida de estos fenices en España por los años que aquí la ponemos con aquel capitán Arcena Siqueo, persona mucho valerosa, vecino de la misma ciudad de Tiro, mayormente declarando San Eusebio, que por esta razón poseían los fenices sobredichos el señorío de la mar. Y lleva gran camino hacer ellos á tal sazón acometimiento tan señalado con la prosperidad que traían, más que cuando no la tuviesen.

Llegados, pues, en España, lo primero que procuraban y pedían entre otras muchas cosas eran metales, particularmente de plata y oro si los tenían, ó pedrería preciosa, porque según las muestras conocieron en la conversación y manera de la gente, fácilmente se vió que poseían abundancia desto. Y como (según ya dije) la gente vulgar española de todas estas provincias no tuviesen al presente por hacienda principal el oro ni la plata, sino los ganados solamente, trajéronles en breves horas á trueco de las otras cosas que valían poco tanta multitud de lo que estaba derretido por aquellos montes, que los fenices fueron mucho maravillados de tan sobrada riqueza; pero no ménos los espantaba conjeturar dónde podían hallar tan rica cosa y tanta, tan á la mano con que pudiesen venir tan de presto y tan sin pe-

sadumbre. Finalmente, sabido lo que pasaba y la parte donde lo traían, procuraron con más diligencia de ganar la voluntad á los naturales de la comarca y á repartir por ellos joyas y preceas de mucho valor, á quien los españoles mostraban deseo preciándolas en mucho por ser extrañas y no vistas entre ellos, y también por algunos provechos y descanso que dellas resultaban en el uso de cada día. Con esta cautela permitieron á los fenices que pudiesen caminar en su tierra hasta los montes y mineros y cargar muy á su placer de todo cuanto quisiesen; donde hallaron mucho más de lo que sospechaban y más de lo que nadie podía creer. Espantados de tal abundancia, tomado todo cuanto pudo caber en los navíos, partieron de España muy alegres y contentos por la buena ventura que tuvieron, y después pasados en Grecia, en Asia, en África y en Italia, compraron increíble mercadería por aquel extraño valor que de España llevaban, y fueron riquísimos en demasía. Mas dado que por toda la gente de las tales flotas en general hubiese muy gran parte desta riqueza, sobre todos se aprovecharon della más que nadie Siqueo y los otros ciudadanos de Tiro y Sidon, con sus capitanes que regían los otros y los guiaban como principales gobernadores de la empresa, donde resultó que la ciudad de Tiro fué siempre creciendo en riquezas y prosperidad, hasta tanto que por tiempo vino á ser una de las más poderosas repúblicas del Oriente. Sus moradores fueron los más negociantes y de mayores tratos y que más cosas emprendían y de mayor interés, como las historias de los gentiles lo confiesan, y juntamente con ellos el profeta Ezequiel en algunos capítulos de su profecía. No tocaron al presente los fenices en las otras partes de la costa de España por tener griegos ocupadas las mejores poblaciones dellas; los cuales solos entre cuantos por acá moraban, usaban ya monedas de metal en sus contrataciones y las estimaban en precio. También rehuyeron los fenices de pasar adelante por no se fiar de la fiereza y esquividad de los españoles naturales á quien no conocían tanto como conocieron á los otros donde hallaban la plata y el oro.

De una venida destas gentes fenicias hace mención Aristóteles, que parece ser aquella misma que tenemos dicho, de quien hablan todos los buenos historiadores que tienen autoridad. Podría ser también algo diversa, pues Aristóteles no declara los tiempos en que sucedió; solamente dice, que cuando los fenices comenzaron á tentar la navegación de España tomaron tierra sobre la parte que moraban los



españoles, que fueron llamados Tartesios, cuyo sitio caía junto á Tarifa; y allí, dice que recogieron tanta cantidad de plata y oro y de todos los géneros de riquezas que los comarcanos les daban á trueco de aceite, de que principalmente venian muy cargados sus navios, que fué necesario los fenices deshacer todas sus vasijas y botas y cajas, así de barro, como de madera y de hierro, cuantas traian para servicio y atavío de su flota, las herramientas esto mismo de que se aprovechaban, y hacerlo todo de plata, hasta las áncoras y lemes y cadenas en que pusieron peso muy espantable della; porque de otra manera, ni les cupieran en las fustas, ni tampoco tenian ellos donde lo pudiesen recoger ni cargar. Y deste dicho de Aristóteles creo yo que pudo resultar la sospecha de los otros escritores que dicen el encendimiento sobredicho de los montes Pirineos, no haber sido en la parte oriental dellos, donde se divide Francia de España; ó si allí lo fué, no haber sucedido por sólo aquel cabo, sino tambien por alguno de los otros brazos que dél proceden contra lo muy dentro de la tierra, señaladamente por el de Orospeña, de quien ya hablamos, cuyo miembro es aquel que pasa por las comarcas de Tarifa, el cual junto con el de Idubeda, puesto que tengan sus nombres particulares, son tambien llamados Pirineos muchas veces en algunos autores, aunque bien mirado toda la tierra de por allí fué siempre tan venosa de metales preciosos, que sin acontecer en ella tal encendimiento, pudieran los naturales tenerlos y trocarlos á estos fenices cuando vinieron, como Aristóteles cuenta, si no dijera que fué cuando los tales fenices la primera vez comenzaron la navegacion española por la tierra de los tartesios, y todos los otros cronistas no certificasen que cuantas riquezas y plata ganaron aquella vez en España fué de la derretida por el encendimiento de las montañas, aunque para salvar esto quieren decir haber autores entre los muy antiguos que á todos los españoles llaman muchas veces tartesios generalmente, los cuales Aristóteles pudo seguir en este caso.

CAPITULO VII.

De la vuelta segunda que los fenices de Sidon y de Tiro hicieron en España, y de las cosas que les acontecieron en ella hasta se meter en la isla de Cádiz, donde pararon reposadamente.

Mucho dicen las historias que fueron maravilladas todas las naciones comarcanas á la ciudad de Tiro, juntamente con las otras gen-

tes que tenian allí contratacion, de ver cuán de súbito habian crecido y juntádoe más que todos sus vecinos en abundancias y platos y todo género de valor, inquiriendo y platicando muy de continuo los unos con los otros dónde les pudo venir tanta buena fortuna. Por la cual razon estos fenices sobreseyeron algunos años en la tornada de España para disimular su negocio y para que nadie de las otras gentes acudiesen á ella ni tuviesen indicio de cuál parte traian ellos tantos bienes, porque á la verdad, siempre desde allí los que gobernaban la república de Tiro, pusieron su pensamiento de residir en España y poblar en ella villas y fuerzas donde hallasen aparejo.

Mas como la cosa fuese de calidad que no se podia bien disimular aunque muy gran secreto trajesen, como verdaderamente lo traian, y la codicia de los hombres tratantes en el artículo de sus intereses propios no dejen cosa que no revuelvan y descubran, á poco tiempo fueron todos aquellos misterios manifestos y sabidos. Muchas otras gentes de diversas naciones, vista la prosperidad que resultaba desta navegacion, se determinaron á querer venir en España con la misma demanda, segun que prestó verémos en el proceso deste libro. Temiendo, pues, los fenices de Tiro la llegada de gentes poderosas en ella, comenzaron á negociar su segunda vuelta, y á recoger materiales y pertrechos con todos los aparejos posibles de navios y provisiones y gentes, y cuanto más pareció convenir á la jornada: sólo hallaban inconveniente ser ya muerto Siqueo, que como dije, por sobrenombre llaman nuestras historias Acerna, con parte de los capitanes que la primera tuvieron cargo de las flotas, y si quedaron algunos dellos vivos, andaban tan ricos y tan pujantes que se les hacia grave tornar la mar y poner en aventura las personas y lo mucho que poseian; mas habia sin éstos otros muchos mancebos que deseaban el viaje muy de corazon y lo pedian con importunidad. Éstos eran tantos, así de los moradores de la ciudad de Tiro como de sus comarcas y alrededores, que fué necesario limitar número de los que hubiesen de venir, á los cuales (como dije) repartieron en fustas y navios bien bastecidos de todo lo que pareció convenir. Y porque los nombrados al viaje llevasen mayor esperanza de su negocio, certificábanles sus sacerdotes idólatras que los dioses eran muy servidos en esta navegacion, y lo mandaban oráculos y revelaciones, particularmente su dios Hércules, á quien ellos más reverenciaban y tenian por abogado que muy continuamente les importunaba para que fuesen á buscar en



España la provincia donde quedaron sus columnas, y que cerca dellas poblasen y residiesen asentadamente, sobre lo cual prometia de mostrar tales agüeros y señales con que no pudiesen errar la parte cuando llegasen. Y cierto pudo bien ser que todas aquellas revelaciones pasasen como decian ellos, segun las ilusiones y falsedades que los demonios trataban con la gente deste siglo. Dicen haber sido capitán de los navios un caballero principal de Tiro, llamado Pigmaleon, el cual ántes que saliese del puerto mudó la divisa que las armas de Tiro solian traer aquellos dias, y sobre las fustas puso nueva manera de señales que fueron olivas en las proas y popas enramadas á lo más alto de sus mástiles. Y con aquel buen aparejo salieron él y la gente sobredicha para comenzar sus viajes, acompañándose tambien esta vez (segun despues pareció) con gente de la ciudad de Sidon, porque tal era siempre la costumbre de Tiro y de sus gobernadores, en jamas hacer cosa de sustancia que no lo consultasen con los de Sidon, y les diesen parte della muy principal como con progenitores y principiaadores suyos. Los cuales todos juntos despues de metidos en alta mar, no pararon desde la Suria hasta que vieron mucha parte de las riberas y marinas españolas, donde llegaron enteros y pujantes, entrados ya los principios del verano en el año de ochocientos y diez y ocho ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Venidos aquí, juntáronse cuanto más pudieron á la ribera, costeano siempre su marina por llevar derrota más cierta, considerando tambien de camino toda la disposicion de las provincias españolas por donde pasaban, en el cual viaje saltaron una sola vez en tierra, creyendo poder tomar algun refresco cerca de la parte donde hallamos ahora la villa de Almuñécar ó Motril en el reino de Granada, casi en aquel sitio que fué despues edificada por estos fenices una villa que llamaron Axi, la cual por otro nombre fué dicha Sexi, ó tambien Exi, en que discurriendo tiempos hubo señalado trato de escabeches y adobos de pescados que se llevaban en diversas partes del mundo y fueron tenidos en gran estimacion.

Vista, pues, el alegría y buena gracia de la tierra, quisieran estos fenices asentar en ella luégo, sino que comenzando sus sacrificios y plegarias para que los dioses manifestasen con alguna buena muestra si por caso sería la region española donde convenia poblar, no les respondieron cosa favorable, ni los agüeros y señales fueron cuales debieran. De manera, que muy descontentos y desconfiados se tornaron aquella vez para Tiro, sin hacer cosa de

lo que pretendian. Relataron allá cuanto les habia sucedido. Mas como los deseos de España y la memoria del gran valor que los años ántes habian sacado de ella, quedase muy reciente por todos los de esta ciudad y tierra, luégo pasados pocos meses, tornaron á la mar con el mismo capitán y demanda que solian, certificados por sus oráculos y sacerdotes estar las columnas del dios Hércules en España, mucho más adelante de la parte donde primero tomaron puerto. Por esta causa no pararon sobre tierra, ni punta, ni cabo, ni region de cuantas hallaron en las riberas y costas de nuestro mar Mediterráneo. Todos navegaron derechos al estrecho de Gibraltar, y se metieron por él adelante hasta salir al gran mar Océano de Poniente, que por otro nombre llaman Atlántico, y allí discurrieron casi treinta leguas de trecho contra la punta de San Vicente, puesto que mal concertados diversas veces á causa de las crecientes y menguantes furiosas en demasía de la mar que se hacen por aquellas partes, á las cuales nunca fueron ellos acostumbrados, por haber navegado siempre dentro del mar Mediterráneo, donde no las hay tales. Y deste modo desvariaron algo sus viajes, apartándose muchas veces de la tierra, muchas otras juntándose con ella más de lo que convenia, segun la furia del agua les forzaba, hasta que vencidas todas estas dificultades, tomaron puerto sobre lo postrero de las treinta leguas ya dichas, en una punta de tierra metida por el agua á manera de isla como Peñíscla, que solia ser allí, de muchas rocas y muchas pizarras á quien dijeron la isla de Hércules, porque creyeron ser alguna de las que llamaban columnas de Hércules adonde caminaban ellos. Ésta caía poco más bajo de donde toma la mar el rio Guadiana, frontero de la parte que solia tener otros tiempos una ciudad llamada Onoba Lysturia, primero que lleguen á la bahía que decimos ahora de Lepe. Comenzaron aquí de nuevo los fenices de Sidon y de Tiro sus plegarias y sacrificios á los dioses en quien creian y miraban sus agüeros ó señales para conocer si por ventura sería por allí donde les mandaba asentar; mas tampoco parecieron aquella vez buenas muestras en el caso, ni señal que les moviese para quedar en aquel sitio, ántes reconocieron estar desviados, y gran trecho más adelante de lo que convenia. Luégo tornaron atras, á causa de no se desviar tanto del Estrecho, y así todos juntos se lanzaron con sus navios en Cádiz, donde moraban aquellos tiempos y dias los sucesores y descendientes de los eritreos, que vinieron con Hércules y Egypcioano cuando pasaban en España para la



conquista de los geriones, segun ya lo contamos en el primer libro. De manera que tanto por estas nuevas que tuvieron de ser aquellos de Cádiz sucesores y descendientes de las compañías del gran Hércules, como porque siempre descubrian alguna relacion y memoria de los mojonos ó piedras grandes á manera de columnas, que comunmente decian Hércules haber allí dejado, tuvieron esperanza los fenices que hallarian en Cádiz ó por sus alrededores mejor despacho de su demanda que por otra parte de España. Y así comenzaron á se meter en ella con sus navios y capitanes muy de rondon y de propósito.

CAPÍTULO VIII.

Cómo los vecinos de Cádiz recibieron en su ciudad á los fenices de Sidon y Tiro nuevamente venidos, los cuales ocuparon poco despues un templo muy antiguo cerca de Tarifa. Declárase juntamente cómo la tierra de Cádiz era isla por aquellos tiempos, y la razon por qué tambien ella como su ciudad fueron llamadas del nombre que tiene al presente.

Luégo que los fenices de Sidon y de Tiro llegaron á Cádiz, saltaron en tierra sin estorbo de nadie, y allí puestas sus aras ó altares sobre la ribera, comenzaron las plegarias y sacrificios á sus ídolos, como de continuo lo hacian en las otras partes de España donde cada dia tocaban. Aquí dicen que fueron los agüeros y señales muy conformes á lo que pretendian, tales, que conocieron ser ésta la provincia donde los dioses les mandaban asentar; de lo cual recibieron increíble contentamiento, mostrando grandes alegrías con regocijos y fiestas que hicieron en la ribera, dado que poco despues les sucedió gran tristeza con la muerte de su capitan Pigmaleon, que falleció de cierta dolencia que primero traía; mas luégo hicieron en su lugar otro para que residiese con ellos, y como cabeza principal recibiese y hablase con los moradores de la tierra, que juntamente con los otros comarcanos del Andalucía comenzaron á venir muy á menudo, segun lo suelen hacer en semejantes negocios, para ver el aparato de las flotas, y las maneras y trajes de la gente recién llegada, señaladamente hacian esto más continuo que nadie los vecinos del Puerto de Santa María, llamado por estos dias el Puerto de Menesteo, que siendo más vecinos á Cádiz que ninguno de los otros andaluces, principiaron esta visitacion, con los cuales tomaron plática y amistad estos fenices de Tiro, que les trajo gran provecho para los negocios venideros, á causa que los

del Puerto, allende de ser gente discreta y algo más entendidos en la contratación del mundo que los otros andaluces sus vecinos, por ser de su naturaleza linaje mezclado de españoles y griegos, como en los cuarenta y tres capítulos del primer libro escribimos, tenian tambien grandes entradas y participaciones entre los de Cádiz. Y con les haber estos fenices ganado la voluntad, dándoles muchos atavíos, joyas y riquezas de las que traian, hallaron muy más llanas entradas y ménos estorbo. Declararon junto con esto á los que por allí vivian, cuánto parentesco tenian ellos con todos los de su tierra, porque como los eritreos que primero poblaron á Cádiz era naturales de la region comarcana del Mar Bermejo, que por otro nombre se dice Eritreo, bien así los fenices que poblaron á Tiro fueron nacidos cerca del mismo mar, y se llamaban tambien eritreos, por tanto que no recelasen su conversacion, pues todos eran una casta y linaje, como de parientes á quien ellos reconocian ser obligados, y se podian aprovechar de sus bienes, personas y haciendas, igualmente que si fuesen todos una cosa; cuanto más que no sin causa y misterio grande venian allí con mandado y amonestacion de los dioses, que milagrosamente los enderazaron en aquellas partes, para que visitasen estos sus hermanos puestos en lo postrero del mundo, alejados de la conversacion humana de las otras gentes fuera del mar Mediterráneo por donde corrían á la sazón las negociaciones y bienes más importantes entre las naciones del mundo.

Mostráronles despues los atavíos extraños de sus joyas y riquezas, declaráronles las magnificencias y grandezas de Tiro, sus edificios, sus tratos, sus flotas, y el gran señorío que tenian en la tierra de Fenicia: sobre todo la pujanza que traian en las aguas, con que tambien señoreaban al presente todo el mar Mediterráneo juntamente con las poblaciones de su gente, que ya residían sobre la marina por diversas partes del mundo. Y de hecho tal era la verdad, que en aquellos tiempos no fué cosa más engrandecida ni suntuosa que las navegaciones y los aparatos de estos fenices. Estaba por estos dias la poblacion ó villa principal de Cádiz en las partes occidentales de aquella tierra, y no en la punta postrera de ella, como relatan algunos, contra el Poniente Septentrional frontero del Andalucía, cuyos moradores y naturales eran gente feroz y no bien aplacada. Mas estos de Tiro tuvieron con ellos tales cautelas, y los supieron llevar con tan buena manera, que finalmente los recibieron entre sí, permitiéndoles que dentro de su misma pobla-



cion tomasen la parte que quisiesen donde pudiesen morar y recoger las mercaderías en que trataban. Este pedazo del pueblo que les fué señalado, atajaron los fenices al principio con palenques, y setos y vallados en el derredor, por estar más pertrechados y seguros; y despues andando los dias cercaron lo uno y lo otro de piedra fuerte bien labrado, segun el arte que se podia saber en aquel tiempo, y por causa del primer seto y atajo, se comenzó de llamar entre ellos toda la poblacion Gadir, ó segun otros dicen Gadiruta, que significaba en lengua de estos fenices lo mismo que baluartes, ó setos, ó cercas; la cual hasta sus dias ni tenía nombre particular, ni los españoles comarcanos le decian sino la villa de los Eritreos. Por causa tambien de la tal ciudad toda la tierra derredor fué nombrada Gadir, y discurriendo los tiempos se dijo Gádes, y despues Gález, y ahora más corruptamente la llamamos Cádiz. Donde parece manifesto el error de los cronistas españoles, que dicen Cádiz haberse nombrado así, porque Gádes quiere decir columnas ó mojonos de Hércules, segun lo escribe Mosen Diego de Valera y los otros á quien él imita en su crónica. Bien claro manifestaron las historias de los fenices ser Cádiz isla formada cuando sus gentes vinieron acá, desviada de todo punto de las riberas del Andalucía, con las cuales dicen que fué junta y continuada los tiempos antiguos, como tambien lo dejamos escrito en algunos capítulos del primer libro. Mas dado que no sepamos cierto cuánto trecho de mar la dividía de la sobredicha ribera, por lo más cercano debió ser poquísimo; pues tambien hoy dia lo hallamos tan pequeño, que no pasa de la mitad de medio cuarto de legua por el agua; y en algunos de aquellos tiempos antiguos fué tanto ménos de esto, que con una calavera de bestia muerta puesta en la mar para poner el pié pasaban con un paso desde el Andalucía á la isla, sin que los piés del que pasaba se mojasen, ni la calavera se cubriese, como hasta hoy lo tenemos en memoria y recordacion de nuestra gente, que comunmente lo platica así. Tampoco sabemos el tamaño cierto y cabal que tuviese Cádiz cuando los fenices en ella vinieron, aunque sea notorio los otros tiempos haber sido mucho mayor de lo que ahora es, tanto, que fué tiempo como ya dije, donde tuvo despues de ser isla doscientos mil pasos en derredor, que son casi cincuenta leguas españolas, y cuarenta mil pasos en ancho contra el Occidente, que son poco ménos de diez leguas, si las medidas y cuenta de los cosmógrafos que hablan en ella no van erradas en sus libros por culpa de los escribientes; lo

cual acaece muchas veces, y particularmente por las escrituras que tratan de números y medidas puestas en figuras ó letras de cuenta, donde si los que lo trasladan no son fieles escritores bien avisados en lo que hacen, con una cifra que añadan en la cuenta que llaman algarismo, añaden mucha suma por sus escrituras; y si tambien la dejan de ménos, quitan gran parte de la verdad.

Lo mismo se hace con las figuras de la cuenta latina, que con una raya ó vergüecita á manera de tilde que pongan en ello de más de lo que ha de ser, crece los números diez veces tanto, y si por olvido la dejan, se pierde lo mismo. Así que desta manera y en este tiempo sobredicho, los fenices de Tiro se metieron en Cádiz, con intencion de saltar poco despues en las provincias de Andalucía, y en otras cualesquier partes de España que pudiesen, para lo cual hallaron gran aparejo en la amistad asentada con los vecinos del Puerto de Santa María, cuya conversacion les fué gran ayuda para comunicar, y discurrir y reconocer todas aquellas marinas, considerando y notando las estancias della, donde quiera que las habia, con los puertos que se podian poblar, como gente sagaz y ejercitada en los negocios del agua, para tener en ella todo lo que pudiesen. En las poblaciones asimismo de la costa donde quiera que las hallaban, metíanse mucho: daban joyas, atavíos, herramientas, con otras cosas apacibles á las personas que les parecia convenir, para confirmar en ellas su conocimiento y amistad: señaladamente continuaban muy á menudo las romerías de cierto templo devoto muy antiguo, que caía no léjos de Tarifa ó Tarteso, segun que los griegos la nombraban, y donde reverenciaban al dios Hércules Egipciano sobre la ribera del mar, y allí comunmente se creía por cierto quedar sepultados los huesos y reliquias deste dios Hércules. Y por aquello tuvieron gran advertencia los fenices á continuar su devocion muy de propósito, por se dar á conocer, y tambien conocer ellos las personas del Andalucía, que concurrían en este templo de continuo. Con este pensamiento se metían tanto en adornar y favorecer los sacrificios de aquel ídolo, que los españoles cuantos primero lo poseian ó negociaban su ceremonia lo dejaban casi todo, y se lo pusieron en las manos, por ser muy más aventajado, y más pomposo y más concertado lo que hacían estos fenices, que todo cuanto primero se usaba, de lo cual se les recrecieron muchos intereses con las limosnas y dones continuos del templo, que bastaban en abundancia para la costa de sus adornamientos y sacri-